

entrevista

Óscar Godoy Barbosa

“Quien inventa una palabra es poderoso”: Ben Sáenz*

Óscar Godoy Barbosa
Departamento de Humanidades y
Letras de la Universidad Central

Benjamín Alire Sáenz. Así firma sus libros este hombre nacido en Old Pí-cacho, una pequeña población del estado de Nuevo México, a escasas 40 millas de la frontera mexicana. Artista integral, reparte su talento entre la poesía, la narrativa y la pintura, y tiene muy claro que el hecho de haber nacido donde nació ha sido determinante en su definición como artista y como ser humano.

La frontera le dio dos lenguas en las que se expresa con igual facilidad, aunque se sirve de cada una en sentido distinto. Con el inglés creció y se educó, y en esa lengua piensa, reflexiona, estudia, escribe. Con el español nació, fue la lengua de su casa y de sus ancestros, y en ella siente, manifiesta su enojo o su dicha. Por eso no vacila en considerarse un chicano en todo el sentido de la palabra: un hombre de la frontera, que no es solo geográfica sino cultural y lingüística.

Ex sacerdote, egresado del programa de creación narrativa de la Universidad de Texas en El Paso, con estudios de posgrado en las Universidades de Iowa, Lovaina (Bélgica) y Stanford, Ben Sáenz es un autor de gran reconocimiento y ascendiente en el medio literario norteamericano: cerca de una veintena de libros publicados, entre poesía, cuento, novela, novela para niños

y jóvenes; varias exposiciones de pintura en galerías de El Paso, Texas, Ciudad Juárez, México, y otras ciudades; diversos premios ganados, entre ellos el Southwest Book Award, el Americas Book Award y el Los Angeles Times Book Prize, y miles de libros vendidos en el mercado de los Estados Unidos, son la mejor prueba de su dedicación total al trabajo creativo.

No en vano, a comienzos de 2010 la revista Poets and Writers, una de las más influyentes del medio literario norteamericano, lo incluyó en la lista de los 50 “most inspiring authors” del mundo, al lado de reconocidos autores mundiales, como el premio Nóbel colombiano, Gabriel García Márquez.

En abril de 2010, Ben Sáenz publicó un nuevo libro de poesía: *The book of what remains* (*El libro de lo que permanece*), pero en su estudio ya le está dando las puntadas finales a una nueva colección de poemas que enviará a su editor a mediados del año. Y allí, entre cuadros recién pintados en los que priman colores como el azul, el negro y el blanco, también le está dando forma a un nuevo libro que se moverá entre la crónica y el testimonio.

Hojas Universitarias: Ben, usted reparte su actividad creadora entre la poesía, la pintura y la narrativa... ¿en cuál de esas tres artes se siente más cómodo?

* Texto escrito desde El Paso, Texas, EE. UU.

Ben Sáenz: En la poesía. Yo siempre estoy escribiendo un poema, o construyendo un poemario. Y mis poemarios siempre tienen una narrativa, son como otro modo de escribir novelas. Por ejemplo, el poemario que publiqué en marzo, *The book of what remains* (*El libro de lo que permanece*), tiene como hilo conductor las meditaciones sobre la vida en el desierto que incluyo entre cada poema. Con esos poemas cortos, hay un cuento que se está contando, una jornada. No es una novela en la forma como pensamos el género, pero sí todos los poemas tienen pedacitos de cuentos por dentro, que sugieren un cuento más largo que no está. Así escribo yo.

H.U.: ¿Existen temas recurrentes, obsesiones temáticas, en su obra?

B.S.: En mi poesía yo tengo un diálogo con el mundo en que me hallo, no solo no solamente cosas personales sino de la vida nacional, la vida de la frontera, la vida familiar, la pobreza, la violencia, todo eso está allí. Yo no vivo en el mundo solo, mi poesía no consiste en enfrentarme con un espejo y escribir sobre mí mismo. Hay poetas que sí hacen eso, escriben todo de sí mismos. En cierta forma yo también, pero el mundo en que me encuentro es muy grande y complejo, y siempre estoy meditando sobre lo que ocurre

Mucha gente dice que soy un poeta sumamente político, pero también hay lectores que dicen que no es cierto, es mucho más complejo que eso. Yo digo que si la política realmente trata de las relaciones entre seres humanos, entonces sí

a mi alrededor. En mi poesía escribo de la frontera, pero no solo de eso. Mis preocupaciones, mis obsesiones, son la memoria, el abuso, el olvido, la guerra, que siempre está allí como un fantasma, las relaciones entre seres humanos (que siempre queremos amar y deseamos un amor perfecto, y a la vez nos detenemos, no nos dejamos ir), y la historia, que es la historia personal de mis protagonistas pero también la de este país, de esta región. También toco temas del arte y la literatura. Por ejemplo, en mi nuevo libro tengo un poema en el que el poeta está hablando con un personaje de una novela de Richard Wright, *Native son*. En esta obra, un afroamericano, Bigger Thomas, va a la cárcel en un contexto de racismo en los años 30, y tiene un abogado que lo defiende. Yo en mi libro estoy hablando con ese abogado, pidiéndole que me deje entrevistar con Thomas. En otras ocasiones he escrito poesía en conversación con figuras literarias como James Baldwin o Denise Levertof, o personajes históricos como Pancho Villa o el Che Guevara. Son figuras que me forman como persona y como poeta.

H.U.: ¿Considera que su poesía tiene una carga política?

B.S.: Mucha gente dice que soy un poeta sumamente político, pero también hay lectores que dicen que no es cierto, es mucho más complejo que eso. Yo digo que si la política realmente trata de las relaciones entre seres humanos, entonces sí, a mí me importan los temas de la gente, la ciudad, la historia. Por ejemplo, con lo que está pasando ahora en Ciudad Juárez, donde se están matando unos a otros, yo me miro en eso y no me puedo apartar aunque quiera. Y eso entra a formar parte de mi obra de una forma u otra.

La frontera

H.U.: ¿El hecho de ser habitante de frontera ha sido determinante en su obra?

B.S.: Mucho. La frontera existe donde México y Estados Unidos se enfrentan y hay un choque y un intercambio, son enemigos y amigos al tiempo, se abrazan como hermanos y se rechazan. En Estados Unidos, aquí en la frontera, la gente odia y ama a los mexicanos. Yo crecí

en Estados Unidos, este es mi país, fui educado completamente en inglés, aunque mi primera lengua, mi lengua materna y de casa, fue el español. Yo pienso en inglés, aunque también en español. Cuando me enojo, cuando estoy encabronado, como dicen los mexicanos, pierdo el inglés, pero cuando pienso intelectualmente, cuando escribo, pierdo el español. Siempre he vivido en un lugar lingüístico entre dos culturas, lo que no entiende mucha gente. Por eso decimos que somos chicanos, una raza que no vive en un lado ni en el otro, y rechazados por las dos partes: los mexicanos no nos quieren por ser tan “pochos”, y los gringos por ser mexicanos. Como decía el escritor chicano José Antonio Burciaga: estamos jodidos. Pero al mismo tiempo, en ese espacio también hay una creación, pues la lengua de México y de Estados Unidos nos pertenece a nosotros también, y nosotros inventamos palabras. Y ellos dicen, pues qué feo hablan el español, y los gringos dicen que hablamos un inglés impuro...

H.U.: ¿Usted reivindica, entonces, la posibilidad de usar en la literatura esa mezcla de lenguas?

B.S.: Las palabras no le pertenecen a nadie. Son públicas. Si los gringos dicen *telephone*, y los mexicanos teléfono, yo puedo decir Teléfono, eso es una tercera palabra. Mi papá usaba esa palabra, Teléfono. Yo creo que eso nos da un poder, porque quien inventa una palabra es poderoso, y es importante tener ese poder cuando los dos lados se están quitando el poder. Yo entiendo muy bien que ser dueño de la palabra es tener poder. Sin embargo, la situación de muchos fronterizos es que los dos lados te quieren quitar el poder y el lenguaje, te dicen tu no sabes como hablar. Pero el pueblo que vive en el medio dice “a poco no”. ¡Claro que sabemos hablar, pero no queremos hablar como tu ni como tu!

H.U.: ¿Cómo afecta la frontera su escritura?

B.S.: Esa circunstancia de crecer en medio de dos lenguas fue la que me hizo escritor. Siempre me han fascinado las palabras en español e inglés, y las distintas formas de pensar, porque una lengua es una forma de pensar, una ideología, ningún idioma es neutro. Por eso el sol es un hombre en el mundo latinoamericano, y la luna una mujer, y en inglés no son mujer ni hombre.

Las palabras no le pertenecen a nadie. Son públicas. Si los gringos dicen *telephone*, y los mexicanos teléfono, yo puedo decir Teléfono, eso es una tercera palabra

Y los dichos, por ejemplo. En inglés, la expresión *casi nunca*, se dice *once in a blue moon* (cada vez con la luna azul), mientras en México se dice, con mucho humor, “cada bajada de Obispo”, porque ¿cuándo baja el obispo? ¡Pues nunca! Eso expresa la cultura... yo crecí con los dos dichos, y entiendo que cada uno está contando la historia desde su mundo, y me encantan los dichos que dicen de la cultura, y las expresiones informales: las malas palabras de cada cultura me interesan.

El arte renovado

H.U.: ¿Qué fue primero, la poesía, la narrativa o la pintura?

B.S.: Primero hice poemas, luego cuento, luego novelas, luego novelas para niños, en ese orden, pero siempre he seguido escribiendo poesía. Mi nuevo proyecto es una crónica, basada en un hecho real ocurrido hace 20 años, cuando en México mataron a mi sobrina de 13 años. Nunca agarraron a los asesinos, que la mataron en un boliche al lado de un hombre y sus dos hijas de 2 y 7 años. Una señora no murió pero destruyeron su vida, porque nunca volvió a ser la persona que era. Yo quiero escribir esta crónica comenzando con esa matanza, y quiero hablar de lo que le sucede a una familia después de que pierde a una niña en esas circunstancias. Tengo cantidad de notas, y memorias, y voy a entrevistar a cada miembro de mi familia, que van a ser como el hilo narrativo de todo el relato. También estoy trabajando en un nuevo poemario, que se llamará *Night disappearing into a perfect sky*

Si yo comienzo a escribir un poema como el libro que ya escribí, ¿qué estoy aprendiendo? Estaría diciendo mira, yo ya sé como hacer esto y lo voy a hacer una y otra y otra y otra vez, la misma cosa. Eso es morir, para mí

(*Noche desapareciendo en un cielo perfecto*). Son poemas que tratan de tortura, de cómo estamos destruyendo la tierra, pero de un modo muy personal, se sienten como meditaciones muy calmadas, y son algo distinto que está ocurriendo en mi escritura.

H.U.: ¿Considera que su papel como escritor es renovar de alguna manera la creación literaria?

B.S.: Al leer mi poesía, se reconoce que ya no escribo como antes. Si yo comienzo a escribir un poema como el libro que ya escribí, ¿qué estoy aprendiendo? Estaría diciendo mira, yo ya sé cómo hacer esto y lo voy a hacer una y otra y otra y otra vez, la misma cosa. Eso es morir, para mí. A veces regreso, pero no me quedo allí. En la poesía y en las novelas hay que seguir adelante. Uno siempre aprende algo con cada novela. Si uno es realmente un artista, entonces siempre quiere pintar algo más. Uno tiene que ser cada vez más ambicioso. Si no es así, pues... significaría que ya no se está creciendo.

H.U.: Con una obra tan numerosa, ¿nunca ha sentido que se repite?

B.S.: En la estética no. Yo cambio siempre. Lo que permanece son mis preocupaciones, mis obsesiones, que se pueden ver en todas mis obras.

La formación del escritor

H.U.: ¿Los escritores se forman en la academia?

B.S.: Uno se forma en otro lado... en la vida, la cultura, la calle, ahí se forma. Pero la universidad brinda el espacio para que uno acabe de formarse como escritor. Nadie es producto de una universidad. Ninguno de nosotros. Una vez, como yo fui a la Universidad de Stanford, alguien comentó en una crítica que yo era un "Stanford Product". Eso es ridículo. Una universidad no te produce, tu ingresas a una carrera porque quieres y te llega, por razones personales. Si yo quiero ser ingeniero, entro no porque me vayan a hacer ingeniero sino porque tengo algunas cosas que aprender sobre eso. Un escritor puede hacerse sin ir a la escuela, sólo debe ser alfabeto. Pero un programa sí puede inspirar, y cuando uno se mete tiene que enfrentarse a sí mismo, no con el profesor, y decirse soy escritor o no. Hay recursos en los programas que me pueden ayudar en mi camino, porque es mi camino.

H.U.: ¿Qué le aporta la universidad al futuro escritor?

B.S.: Para mí es importante ese espacio de la universidad, pues se trata de un espacio intelectual y de tiempo. Es importante porque uno puede observar cómo colegas y profesores responden, aunque la escritura siempre sea de uno. Los comentarios pueden ayudar, o no, pero escribiste algo, lo pensaste, y te metes de nuevo a reescribir, tienes un borrador. Para mí los programas sí tienen su lugar y son importantes para los escritores.

H.U.: ¿Cómo se formó el escritor Ben Sáenz?

B.S.: Mi formación inicial fue como teólogo. Estudié 8 años de filosofía y teología, y eso ayudó mucho en mi formación intelectual y personal. Ahí comenzó todo. También contaba, como ya dije, mi interés por las palabras y las dos culturas, mi relación personal con las palabras del mundo, que a veces eran más bien balazos. Yo me recibí como sacerdote a los 26 años, pero al cumplir los 30 me salí. Descubrí que realmente no era mi vocación. Para ese momento ya estaba escribiendo una novela, una mala novela, y me di cuenta que quería escribir. Entonces ingresé al programa de la Universidad de Texas en El Paso (UTEP),

donde fue importante aprender las técnicas, y aprenderlas practicando. Las técnicas vienen de afuera y si uno las practica se vuelven parte de uno. Luego me fui para Stanford, dos años, en poesía, me dieron el espacio de escribir, un taller con poca gente, dos días por semana, fue grandioso. Estaba en la gloria, aprendiendo y viendo lo que escribían mis colegas. Eso me ayudó mucho.

H.U.: ¿Y la pintura?


B.S.: Siempre también quise ser pintor. Cuando viví en Europa, iba seguido al Louvre en París, y me deprimía, nunca pintaré así, me decía. Pero siempre traté de enseñarme cómo dibujar, fue un aprendizaje autodidacta, tengo muchos libros de arte y fotografía, yo los estudio, y conozco mucho de la historia del arte, esa sí la estudié en la escuela, pero el dibujo lo aprendí solo, porque quería.

H.U.: ¿Esas tres artes se retroalimentan?

B.S.: Escribir poesía, escribir una novela, una crónica, pintar algo, en cada género es una

forma de ver, y uno tiene que ver las cosas en su esencia, y reproducirlas en el arte. Yo tomé un curso de fotografía a los 18 años, en el seminario, y eso me abrió el mundo. Tenía que parar y mirar algo, y tratar de capturarlo, y eso es lo que sigo haciendo hoy. Cuando uno ve algo, no solo lo mira, sino que lo asume, entra en su cuerpo y se hace parte de uno. Al ser escritor me di cuenta que la mayoría de lo que vemos en el mundo es invisible, y que el acto de escribir es hacerlo visible. En el momento de escribir, cada palabra tiene que ser visible para mí. A veces, cuando imprimo un poema, estoy con un lápiz quitando palabras, haciendo anotaciones, cambiando, y de repente me doy cuenta que uno tiene que ver todo, cada palabra, y cada imagen, ver y sentir. Yo escribo con mucha emoción: cuando escribo estoy en un estado muy intenso, y me cansa emocional y físicamente. Por eso digo que la poesía siempre me da vida, y la poesía me está matando. ■

Ernesto Sabato
Apologías y rechazos



La masificación suprime los deseos individuales o trata de hacerla, porque el Super-Estado necesita hombres idénticos. En el mejor de los casos colectivizará los deseos, masificará los instintos, construirá gigantescos estadios para volcarlos en un solo grito, embotará las sensibilidades mediante la televisión, unificará los gustos mediante la propaganda y sus slogans y favorecerá una suerte de pan-onirismo, la realización colectiva de un sueño multánime y mecanizado: al salir de sus fábricas y oficinas, en que son esclavos de computadoras y maquinarias, entran al dominio de los deportes masificados o al reino ilusorio de los folletines y series fabricados por otras maquinarias.

Ernesto Sábato, *Apologías y rechazos*, 1979